

El texto que sigue se publicó originalmente en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada* (París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXIII, n<sup>os</sup> 3-4, 1993, págs.485–499.

©UNESCO: Oficina Internacional de Educación, 2001

Este documento puede ser reproducido sin cargo alguno siempre que se haga referencia a la fuente

# SIGMUND FREUD\*

(1856-1939)

Bernard Jolibert<sup>1</sup>

En un ensayo publicado en 1925 con el título: *Presentación autobiográfica*<sup>2</sup>, Sigmund Freud nos indica expresamente que su vida, su obra y la acogida que éstas recibieron no deben disociarse nunca entre sí si se quiere comprender su descubrimiento del psicoanálisis a la vez como una práctica terapéutica y metapsicológica. En esta estrecha vinculación, un elemento, no obstante, acabará dominando hasta el punto de constituir el verdadero proyecto existencial: la voluntad de comprender lo único que importa, en último término: el hombre. “Mi *Presentación autobiográfica* muestra cómo el psicoanálisis se convierte en el contenido de mi vida, y a continuación se conforma al principio justificado de que nada de lo que me ocurra personalmente merece interés en comparación con mi actividad científica”<sup>3</sup>.

En esta estrecha vinculación entre existencia, proyecto científico y relación con el mundo, el elemento predominante es el proyecto intelectual que culminó en el descubrimiento del psicoanálisis, entendido de modo indisoluble como terapéutica y como modelo hipotético de comprensión de la conducta humana. ¿Cual fue el itinerario de Freud?

## Una vida, una obra

Para serle fiel, lo mejor es seguir su propio relato autobiográfico, que podríamos titular, a la manera de Alain, "la historia de mis ideas". Una serie de descubrimientos científicos decisivos, que son otras tantas etapas esenciales en el camino de su vida.

La primera etapa es la de los años de aprendizaje. Freud nació el 6 de mayo de 1856 en Freiberg, Moravia (actualmente la República checa), y, según él, debió a sus orígenes judíos tres cualidades que le ayudaron mucho en su combate: la veneración por el conocimiento en general, y sobre todo por la ciencia; un espíritu crítico muy libre y una considerable resistencia a la hostilidad. En cuanto a su situación familiar, vemos ya un arquetipo del complejo de Edipo: un padre que vuelve a casarse con una mujer muy joven, apenas de más edad que el hijo mayor del primer matrimonio.

La sed de saber orientará primero al joven Freud hacia la medicina, la botánica, la química, la zoología y la anatomía patológica, pero también hacia la filosofía y la historia. Como escribe tan justamente M. Robert: "Materialista, positivista... firmemente convencido de que las causas de las enfermedades deben buscarse en el organismo, y que la opinión contraria no es más que una ilusión o un prejuicio, el Freud "prefreudiano" habría podido ser sin duda uno de estos investigadores eminentes que adquieren un renombre en el estrecho círculo de su especialidad, más o menos alejado del público en general"<sup>4</sup>.

Una nueva experiencia médica introduce un cambio de orientación y abre un nuevo periodo que Freud llama con humor "la prehistoria catártica del psicoanálisis"<sup>5</sup>. Confrontado a

---

\* Debemos a la cortesía del autor y de las ediciones Klincksieck la autorización de reproducir aquí este ensayo, publicado inicialmente (en parte) en: Bernard Jolibert, *L'éducation contemporaine. Sources théoriques et problèmes*, París, 1989, págs. 111-124. Respondiendo amablemente a nuestra solicitud, el autor ha corregido y aumentado su texto.

pacientes injustamente calificados de "simuladores" o "nerviosos", Freud empieza a estudiar la delicada cuestión de la histeria. En contacto con Charcot en París, con Liebault y Bernheim en Nancy, y después con Janet, descubre mediante la hipnosis y la sugestión médica que podrían existir "procesos psíquicos poderosos que no por ello se sustraen a la conciencia del hombre"<sup>6</sup> y le impulsan a actuar sin saber porqué. Muy pronto comprende que los síntomas histéricos están relacionados con experiencias anteriores olvidadas. La crisis catártica muestra que el síntoma nace de la retención de un afecto, y que este afecto está vinculado a menudo a la sexualidad. Contrariamente a lo que piensa Janet, el histérico no sufre de una debilidad constitucional que culmina en una separación psíquica; hemos de hablar aquí de un verdadero conflicto "psíquico inconsciente", por monstruosa que pueda parecer esta expresión<sup>7</sup>. La desafortunada experiencia de Breuer con Anna O. confirma que en la experiencia catártica, el histérico no es un simulador sino un enfermo que trata de expresar algo a lo que habitualmente no tiene acceso.

Freud mismo confesó que el periodo histórico del psicoanálisis dio comienzo con la comprobación de que el tratamiento no basta para curar al enfermo. Existen resistencias, rechazos que deben sacarse a la luz para sustituirlos por "actos de juicio que conduzcan a la aceptación o el rechazo"<sup>8</sup> de lo que antes se había repelido. La libre expresión del paciente impedirá a la larga las recaídas, cosa que la simple catarsis no permitía.

Empieza entonces el periodo analítico propiamente teórico, que debe entenderse como una "tentativa de representación del aparato psíquico a partir de un cierto número de casos o sistemas, y de exposición de las relaciones existentes entre ellos"<sup>9</sup>. Las doctrinas de la resistencia y la inhibición, lo inconsciente, la significación etimológica de la vida sexual y la importancia de las experiencias vividas en la infancia, son los principales elementos del edificio teórico del psicoanálisis<sup>10</sup>.

Desde esta época, Freud ya no está solo; sus colaboradores y sus discípulos adquieren cada vez más importancia, a riesgo de deformar o traicionar la inspiración misma de su búsqueda. No tiene sentido mencionar aquí las querellas doctrinales que ensombrecieron la vejez del padre del psicoanálisis. Su trabajo se orientó hacia la profundización y la generalización de los resultados obtenidos en otras esferas del conocimiento (tópicos, antropología, historia, religión, sueños, proverbios, arte, etc.). La gloria le llegó a Freud al mismo tiempo que el dolor, con la ascensión del nazismo en Alemania: "Es en 1929 cuando Thomas Mann, uno de los autores con mayores títulos para hacer de portavoz del pueblo alemán, me asignó un lugar en la historia del espíritu moderno, con frases tan ricas de contenido como benévolas. Poco tiempo después, mi hija Anna fue agasajada en el Ayuntamiento de Francfort del Meno, cuando recibió en mi nombre el premio Goethe que se me había concedido en 1930. Este fue el punto culminante de mi vida social; poco tiempo después nuestra patria se hundía en la mezquindad, y la nación no quería saber nada más de nosotros"<sup>11</sup>. En 1938, un año antes de su muerte, Freud abandona Viena, donde había transcurrido casi toda su vida, forzado al exilio por la llegada del nazismo.

## Educación

¿Qué puede decirse de la aplicación del psicoanálisis a la pedagogía? Según Freud, él no contribuyó personalmente en nada a ello, dejando a Mélanie Klein y a Anna Freud, su hija, la misión de aplicar el modelo metapsicológico al campo de la educación<sup>12</sup>.

Sin embargo, la infancia es omnipresente en la reflexión freudiana. Pocas de sus notas analíticas no hacen referencia a la infancia. Desde la teoría de las fases hasta el concepto de "seducción precoz", desde la idea de sexualidad infantil hasta la idea central del complejo de Edipo, todo el conjunto de su obra se asienta en una teoría de la infancia y de su desarrollo. La infancia aparece como un periodo determinante para la formación de la persona.

Así, la influencia de Freud en la reflexión educativa del siglo XX es decisiva. Pocos son los autores contemporáneos que hayan abordado la pedagogía sin hacer referencia directa o indirecta a Freud. Algunos se apoyan explícitamente en su doctrina para justificar una concepción, otros se limitan a tomar prestados algunos de sus conceptos. No es seguro que este éxito indiscutible no vaya acompañado de una cierta vaguedad en la interpretación. Los que ven en él al denunciador de la asimilación (educación-autoridad-neurosis), lo hacen partidario de la no directividad, mientras que otros recurren a él para defender la autoridad adulta; los intérpretes de Freud dividen sus enseñanzas en dos visiones contradictorias del papel y los límites de la educación.

Quizás ello se deba a que Freud no dejó ningún tratado específico sobre la cuestión educativa. En efecto, ninguna de las obras de Freud tiene como sujeto propiamente dicho este problema, aunque ello no le impide, a lo largo de su obra, investigar, examinar y criticar si es necesario el papel de los maestros y los padres, o sea la autoridad adulta sobre el niño. De hecho, no hay ninguna obra de Freud en la que, en un punto u otro de su exposición, no se aborde una cuestión educativa. Desde los *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905) hasta *El malestar en la cultura* (1930), las referencias a la educación son constantes. El hecho de que tanto conservadores como revolucionarios hagan suyas sus tesis, obedece quizá a que esta reflexión dispersa, que responde a interrogantes tan distintos como el de *Totem y Tabú*, o el del *Caso del pequeño Hans. Análisis de la fobia de un niño de cinco años* en los *Cinco Psicoanálisis*, es esencial, y quizá, por lo tanto, podría parecer ambigua si se la somete a una lectura superficial. En realidad, el pensamiento de Freud sobre la educación, o sea, como veremos, sobre la cuestión de la adaptación del niño a la realidad a la vez natural y social, testimonia una unidad, una continuidad y una firmeza indudables. Esta coherencia se debe sin duda a que el psicoanálisis no supone solamente una simple metodología terapéutica, sino un punto de vista global sobre la existencia, de la cual la vida del niño es un momento fundacional.

El punto de partida del pensamiento de Freud sobre la educación se sitúa en la encrucijada de dos interrogantes: uno biológico y otro histórico. La biología, primera disciplina de Freud, le permitió descubrir la inmadurez radical del niño recién nacido. En comparación con otras especies animales, el hombre recién nacido parece inacabado. No solamente nace desnudo, incapaz de nutrirse, sino que además este estado dura bastante tiempo. Esta debilidad nativa le condena a una protección y por consiguiente a una influencia más prolongada e importante de los adultos. La historia individual infantil deja huella, y estas huellas subsisten, indelebles, en el hombre hecho. Freud sistematizó esta primera intuición en sus trabajos iniciales, cuando rechazó sucesivamente la explicación "nerviosa" de los trastornos mentales<sup>13</sup>, y su negativa a explicar la neurosis por la herencia<sup>14</sup>. En los avatares de la infancia vemos el origen de los trastornos del adulto. ¿Cómo no considerar esencial, pues, la cuestión educativa? Si el adulto es el hijo del niño, ¿cómo dejar de lado la cuestión de la infancia y su educación?

Su cultura personal indujo a Freud a percibir, más allá de las diferencias históricas, las divergencias culturales y la variedad de hechos de civilización, una misma problemática: la condición del hombre como ser cultural. La naturaleza se encuentra por todas partes, así como desde luego el hecho biológico y el instinto, pero por todas partes también el hombre sólo llega a ser hombre porque este instinto se somete a la disciplina de la cultura. Este tránsito, cuyo prototipo es, para él, Edipo, es lo que define la condición humana. El encuentro del deseo natural y de la cultura se refleja ante todo en la prohibición del incesto, cualquiera que sea la forma que éste adopte. Esta ley primordial del desarrollo, analizada desde el punto de vista filogenético en *Totem y Tabú*, y desde el punto de vista ontogenético en *Inhibición, síntoma y angustia*, condiciona el modelo que establece en nosotros la cultura. El hecho de la norma rompe el orden natural biológico y esta fractura define el lugar de la educación.

Se comprende entonces que, a partir de este doble planteamiento, Freud haya conducido desde un principio su investigación hacia la histeria y la etiología de las neurosis, hacia una

interrogación sobre el sentido y los valores de esta práctica, cuya única finalidad es que el niño pase de la inmediatez del deseo a la realidad social. La educación se define como la acción del adulto sobre el niño, acción que permite el paso del placer a la realidad, es decir del deseo bruto al deseo socializado, integrado en un universo interhumano regulado. ¿Cómo se produce esta integración?

Hay que observar que Freud no recurre, para explicar la socialización del individuo, a hipótesis como la maduración, vista como una especie de aptitud vacía que las costumbres sociales vendrían a llenar. Freud evita el debate entre lo innato y lo adquirido. Para explicar el hecho de que el niño se socializa, Freud invoca más bien la necesidad de una acción represiva. La educación comienza impidiendo que ciertas tendencias impulsivas espontáneas se expresen libremente. Así pues, la función represiva de la educación no es una función anexa, parasitaria, que podría suprimirse; la prohibición constituye la esencia de la acción socializante.

"Es durante el periodo de latencia, total o parcial, cuando se constituyen las fuerzas psíquicas que más tarde obstaculizarán los impulsos sexuales que, a modo de diques, limitarán y estrecharán sus cursos (el desagrado, el pudor, las aspiraciones morales y estéticas). Frente al niño nacido en una sociedad civilizada, se tiene el sentimiento de que estos diques son obra de la educación"<sup>15</sup>. El psicoanálisis del "pequeño Hans" confirma esta concepción. La conclusión del comentario de Freud recuerda<sup>16</sup> que hasta ahora la tarea de la educación se nos aparece como una tarea de "dominio, o más justamente represión de los instintos". Añade inmediatamente que en la educación más benévola, la que trata de evitar que esta interdicción degeneren en un estado mórbido, subsiste un mínimo de prohibición necesaria. Para hacer que el individuo sea "capaz de cultura", para hacer de él un ser "socialmente utilizable", hace falta siempre un sacrificio mínimo de su actividad impulsiva inmediata.

¿Debemos deducir de ello que la acción de la educación consiste en substituir el deseo por la norma social, en instaurar un nuevo principio de regulación psíquica que haga las veces del placer? De este modo, el principio de realidad reemplazaría al principio del placer. Si esto fuera cierto, Freud sería el inspirador de las doctrinas educativas totalitarias. Si la negación del placer es el único medio educativo eficaz, en tal caso el principio del placer y el de la realidad serían radicalmente inconciliables. El conjunto del aparato psíquico del individuo obedecería bien a un principio o bien al otro, en una alternativa sin connivencia posible. Si educar es substituir el placer por la realidad, el instinto por la sociedad, el deseo por la norma, la socialización es una pura y simple sustitución. La obediencia interna al placer, derivado de la descarga inmediata de energía, es substituida por la obediencia a la norma exterior, natural (dureza de la realidad) o cultural (leyes, principios morales, usos que preexisten socialmente al nacimiento).

De ser así, la educación sería la práctica (técnicas, procedimientos, métodos y contenidos pedagógicos) por la cual los adultos impondrían a los niños, con mayor o menor rigor, la renuncia a la inmediatez del placer instintivo, substituyéndolo por la obediencia a la realidad. Esta sustitución implicaría un sufrimiento correctivo que habría simplemente que vigilar para que no degenerase en un estado mórbido.

En realidad, si bien Freud no parece desmentir nunca la idea de que un mínimo de represión de los instintos es necesaria en la educación, en lo relativo a la alternativa que presenta es mucho más matizado.

En efecto, si la finalidad de la educación es, efectivamente, instaurar el principio de la realidad como principio regulador de la conducta individual, esta instauración, evidentemente, no implica en absoluto una sustitución. De hecho, no se trata de renunciar al placer, sino a su carácter inmediato. Asimismo, tampoco se trata de rechazar, de negar la vida de los impulsos (Freud sabe mejor que nadie que este rechazo equivale a una negativa desprovista de eficacia), sino más bien de adaptarla, ajustarla a una realidad natural y social ineludible, realidad en la que debe encontrar su expresión.

Quizás podamos ver ahora mejor que la educación, según Freud, no está encaminada a una sustitución ingenua e ilusoria, sino a una especie de adaptación que permita conservar en la realidad, en forma modificada y aceptable por esta realidad, todo el placer regulador necesario para el aparato psíquico o parte de él. Si queremos comprender cómo es posible llegar a un acuerdo entre la realidad y el placer, habremos de tratar antes de definir estos dos principios.

El principio del placer es un principio en la medida en que regula de entrada la actividad global del individuo en estado bruto. Podríamos definirlo diciendo que proporciona una norma primordial según la cual nuestras acciones, sentimientos y pensamientos en general están gobernados por la búsqueda de lo placentero y la evitación de lo desagradable: "Todo parece indicar que el conjunto de nuestro aparato psíquico tiene por finalidad depararnos el placer y hacernos evitar lo desagradable, que está regido automáticamente por el principio del placer"<sup>17</sup>.

"Los hombres quieren ser felices, y no dejar de serlo. Esta aspiración tiene dos finalidades, una negativa y la otra positiva: por una parte evitar el dolor, y por la otra buscar un goce intenso"<sup>18</sup>.

Freud añade inmediatamente que este principio del placer no sólo determina la finalidad de la existencia sino que gobierna desde su origen todas las operaciones del aparato psíquico.

Podríamos detenernos un momento y añadir que la neurosis proviene íntegramente de la prohibición. La institución educativa sería de esencia patológica, ya que perjudica la expresión de un principio natural. La educación verdadera consistiría, inversamente, en encontrar de nuevo este principio del placer como factor de regulación. La pedagogía sin frustración ni represión sería posible, en una especie de armonía espontánea de los placeres y los deseos interhumanos.

## Lo real

¿Por qué Freud no retiene esta hipótesis? ¿No dice que "el hombre primitivo era afortunado, ya que no conocía ninguna restricción de sus instintos"<sup>19</sup>. A veces se observan algunos signos de nostalgia de la inocencia perdida en las críticas que Freud dirige a la educación excesivamente represiva de su tiempo. Sin embargo, ¿por qué es imposible concebir una educación no represiva?

Los motivos son múltiples y diversos.

Ante todo, el principio del placer no puede constituir un objetivo. El placer existe esencialmente en el desequilibrio. Y este desequilibrio entra en conflicto con el mínimo de estabilidad que necesita toda civilización. Es imposible conjugar la tensión gradual y la estabilidad. Además, si el principio del placer explica adecuadamente los movimientos humanos, su finalidad última de una felicidad perfecta, infinita y eterna, sigue siendo irrealizable. Esta crítica se centra en la insuficiencia interna del principio del placer: "Lo que llamamos felicidad en el sentido más estricto del término es resultado de una satisfacción más bien repentina de necesidades que han alcanzado un alto grado de tensión, y por su propia naturaleza sólo es posible en forma de fenómeno episódico. Toda persistencia que hace desear el principio del placer sólo engendra un bienestar bastante tibio... Así pues, nuestras facultades de felicidad están ya limitadas por nuestra propia constitución"<sup>19</sup>. En consecuencia, el placer no basta de por sí para definir un objetivo, ya que su tiempo consiste en una fuga constante de sí mismo.

Además, el placer está vinculado de modo indisoluble y estructural al dolor. Lo desagradable nos es mucho más familiar que lo placentero, y su experiencia provoca la angustia. Nuestro propio cuerpo nos invita en su decadencia y su disolución a reducir nuestras pretensiones a la felicidad absoluta. El mundo exterior, con sus fuerzas naturales inexorables, contribuye a nuestra aniquilación; los otros seres humanos no siempre desean nuestro bien. Todos estos fenómenos nos invitan a limitar nuestras pretensiones a erigir el principio del placer al rango de arquetipo educativo.

Sin embargo, la imposibilidad de una educación no represiva no se basa solamente en este análisis interno de los mecanismos del placer. Freud enlaza la necesidad de la educación con una crítica severa del estado del "hombre primitivo", estado en que se encuentra el ser entregado exclusivamente al libre disfrute de sus impulsos. Este hombre posee, desde luego, un cierto número de instintos fundamentales, pero la falta de una regulación interhumana hace que, aunque pueda gozar de dichos instintos, este goce no esté garantizado ni sea deseable.

Los deseos instintivos son los mismos desde el punto de vista filogenético u ontogenético. Son iguales en la historia de la especie y en la historia individual, y reaparecen cada vez que nace un niño: "Los deseos instintivos que padecen las consecuencias de la cultura renacen con cada niño... Estos deseos primitivos son los del incesto, el canibalismo y el asesinato"<sup>21</sup>.

Así como la civilización empezó a apartarse del "estado primitivo" gracias a la "frustración", la "privación" y la "prohibición", la educación individual como coacción es una necesidad que permite que el niño pase del deseo primitivo al deseo dominado.

Esta necesidad estriba en la imposibilidad real de gozar libremente de estos instintos en un estado primitivo. En dicho estado, la libertad parece no tener objeto, carecer de toda posible realización por causa de las duras condiciones de la naturaleza, la violencia imprevisible de las relaciones no reguladas entre los hombres. En ausencia de normas los impulsos agresivos, conflictivos y destructores se hacen autodestructivos.

Esta tendencia a la agresión "que podemos detectar en nosotros mismos y que suponemos justificadamente que existen en los demás"<sup>21</sup>, es lo que impone el paso a un orden de convivencia posible. El deseo, el instinto, cualquiera que sea la forma espontánea en que se expresa, no ofrece ninguna garantía de resolverse en un placer posible si se limita a obedecer a la inmediatez que lo gobierna. Una libertad infinita equivale a una negación de la libertad. "El hombre primitivo estaba verdaderamente en mejores condiciones ya que no conocía ninguna restricción a sus instintos; en cambio, su seguridad de gozar durante mucho tiempo de esta felicidad era mínima. El hombre civilizado ha hecho un trueque, cambiando en parte la felicidad por la seguridad... Informaciones más exactas sobre las costumbres de los salvajes actuales nos hacen ver que no tenemos motivo alguno para envidiar la libertad de su vida instintiva. En efecto, estos salvajes están sometidos a restricciones de otro tipo, pero más severas quizás que las que sufre el hombre civilizado moderno. Si reprochamos justificadamente a nuestra civilización actual que realiza de modo tan insuficiente un orden vital que nos pueda hacer felices -y que sin embargo exigimos de ella-, y que deja que subsistan tantos sufrimientos que verosíblemente podrían evitarse, si por otra parte nos esforzamos, con una crítica despiadada, en descubrir las fuentes de su imperfección, no hacemos con ello más que ejercer nuestro derecho, sin declararnos sus enemigos. También tenemos derecho a esperar de esta civilización, poco a poco, cambios que permitan satisfacer mejor nuestras necesidades, corrigiendo así lo que se ha criticado. No obstante, es posible que acabemos familiarizándonos con la idea de que algunas de las dificultades existentes están íntimamente vinculadas a su esencia y no se prestan a ninguna clase de reforma"<sup>23</sup>. Esta esencia es el mínimo de represión que impone la disciplina de los instintos. El instrumento de esta represión es la educación. Así pues, la educación comienza con las consecuencias desagradables de la autoridad. La prohibición pertenece a la cultura, es decir a aquello "que ha permitido a la vida humana elevarse por encima de la condición animal"<sup>24</sup>. Con ella el hombre consigue refrenar ciertos instintos que le conducirían a una muerte cierta. Adaptarse al principio de realidad quiere decir ser capaz de este dominio.

Podemos preguntarnos entonces en qué consiste esta realidad. Si como hemos visto la finalidad de la educación estriba en instaurar el principio de realidad para iniciar un proceso que dirija nuestra conducta intelectual, moral y psíquica, ¿en qué consiste esta realidad?

La realidad es todo lo que compone el mundo exterior, tanto natural como cultural. Limitándonos a la esfera de la educación, para Freud educación es todo lo que le ocurre al niño

desde que sale de la situación de dependencia inicial con respecto a la madre protectora. En otros términos, es lo que ocurre desde que cesa la confusión entre la satisfacción objetiva y su representación alucinatoria. En tal caso lo real se compone de todos los elementos naturales o culturales que oponen una resistencia al niño, introduciendo una distancia entre el deseo y su satisfacción. Espacio, Tiempo, Alteridad subsumen en sus marcos generales todos los casos particulares en los cuales la realidad hace frente al deseo inmediato.

Esta realidad se nos aparece como enemiga del deseo, y el principio de realidad como la necesidad de plegarse a una coacción inevitable. Placer y realidad parecen pues inconciliables. Sin embargo, -y en ello está toda la fuerza del análisis de Freud- estos dos principios no son contradictorios sino complementarios.

Como hemos visto, el principio del placer por sí solo no hace posible la existencia humana, en tanto que humana, y ni siquiera la realidad del placer. De hecho, para que este principio tenga una consecuencia hay que combinarlo con el principio de realidad. El principio del placer conlleva sus propios límites reales; por consiguiente, contiene ya la realidad, si no como principio regulador por lo menos como obstáculo interno. "Cada individuo es virtualmente un enemigo de la civilización, que sin embargo es buena de por sí para la humanidad en general. Es curioso que los hombres, que tan mal viven en el aislamiento, se sientan tan oprimidos por los sacrificios que la civilización espera de ellos para hacerles posible la vida en común. Hay que defender pues a la civilización contra el individuo, y su organización, sus instituciones y sus leyes se ponen al servicio de esta tarea"<sup>25</sup>. Por lo tanto, la oposición no es solamente "virtual", y es precisamente la socialización, o sea la adaptación a la realidad, lo que hace posible la vida en común, es decir la realización del placer. El problema de la educación no consiste solamente en prohibir y frustrar, sino en descubrir una especie de equilibrio entre la búsqueda del placer que sigue rigiendo el equilibrio psíquico después de la socialización, y las limitaciones que impone la realidad natural y social a los instintos primitivos. El cometido de la educación radica en disciplinar la naturaleza instintiva, aunque el único modo de conseguirlo sea dar al placer legítimo el lugar que le corresponde. En el mejor de los casos controla los conflictos, pero no los suprime. Freud nos recuerda este objetivo: "La finalidad principal de toda educación es enseñar al niño a dominar sus instintos; en efecto, es imposible dejarle una libertad total, autorizarle a que obedezca sin limitación alguna todos sus impulsos... Así pues, la educación debe inhibir, prohibir, reprimir y esto es lo que ha venido haciendo, ampliamente, desde siempre. Sin embargo, el análisis nos demuestra que esta represión de los instintos era justamente la causa de las neurosis. Por consiguiente, la educación debe encontrar la vía entre la Escala de la permisividad y la Caribdis de la prohibición. Si bien el problema no es insoluble, conviene buscar el nivel óptimo de esta educación, es decir, el modo en que sea más beneficiosa y menos peligrosa. Se trata de decir lo que debe prohibirse, y a continuación en qué momento y por qué medio debe practicarse esta prohibición...

La observación demuestra que hasta ahora la educación ha cumplido su misión de un modo muy defectuoso, y ha perjudicado considerablemente a los niños. Si podemos determinar su nivel "óptimo", si consigue llevar a cabo plenamente su obra, sólo ella podrá anular el efecto de uno de los factores de la enfermedad: la acción de los traumatismos accidentales de la infancia. En cuanto al otro factor, las exigencias de una constitución impulsiva indócil, esto la educación no podrá jamás suprimirlo<sup>26</sup>.

Esta larga cita nos muestra el lugar que ocupa la educación y su función en el pensamiento de Freud. La educación consiste en sortear dos obstáculos: por una parte el mantenimiento en la brutalidad original cuando los adultos no muestran la resistencia suficiente, y por la otra la neurosis que podría provocar una represión desmesurada. Y tampoco hay que olvidar que, en el mejor de los casos, la educación sigue siendo un arte: aunque alcance un nivel teórico y práctico ideal, subsistirá siempre una "constitución natural" que hace que la educación no pueda

conseguirlo todo. Hay naturalezas que se mantienen siempre en un estado de rebelión a la disciplina educativa.

Cabe preguntarse entonces cómo conciliar el principio del placer y el de la realidad. ¿Cómo es posible encontrar un terreno de acuerdo entre la búsqueda del disfrute máximo inmediato sin trabas y la realidad que prohíbe, frustra y eleva barreras? ¿Cómo es posible que el aparato psíquico acepte plegarse a la realidad? ¿En qué instancia del sujeto opera dicha realidad?

## La educabilidad

Para ser eficaz, la prohibición debe interiorizarse. La existencia de una moral individual demuestra que la regla impuesta por la realidad no permanece en el exterior del sujeto, sino que éste la asume en forma afectiva. Su eficacia estriba en esta interiorización. La interiorización sólo será posible si el sujeto posee en sí mismo una instancia capaz de asumir la exigencia social que contrarreste la influencia de los impulsos. En tal caso el sistema freudiano postula en el sujeto una energía propia, una especie de impulso de autoconservación y de supervivencia que contrarresta las fuerzas impulsivas primitivas. Es en el amor propio donde se encuentran las raíces de la obligación moral, y por consiguiente de la educabilidad. "Como hemos dicho, el rechazo proviene del yo. Podríamos precisar, de la estima de sí mismo (selbstachtung) que tiene el yo"<sup>27</sup>.

La prohibición exterior y la frustración corresponden a un mecanismo interno que es la condición misma de la educabilidad y hace que el hombre no se dome mecánicamente, sino que sea educado, es decir capaz de autorregulación.

Así pues es el yo, con sus instintos de autoconservación y su visión ideal de uno mismo, lo que entra en conflicto con los instintos, cuya energía se caracteriza por la libido<sup>28</sup>, y las fuerzas primitivas del "ello". La educación no puede controlar lo que la naturaleza tiene de peligroso para la cultura, si no es bajo la condición expresa de que el sujeto encuentre un interés en el sacrificio que ésta exige de él. Es el yo que ve en su supervivencia y en el respeto de sí mismo un contrapeso a la frustración.

Además, no se trata de un sacrificio absoluto, sino de un desplazamiento. El yo pone en juego los mecanismos por los cuales la energía primitiva resulta desviada, dramatizada, y sublimada, para encontrar una salida en la realidad. Es en el seno del sujeto donde se encuentra el contrapeso a los instintos primitivos. Por último, también es en el sujeto donde se forjan los mecanismos de defensa por los cuales el impulso primitivo encuentra una realización parcial o simbólica en la realidad.

En esto consiste la originalidad y la coherencia del pensamiento de Freud sobre la educación, en relación con Reich, Neill o Marcuse. En vez de presentar de un modo maniqueo la educación como el adiestramiento exterior de una personalidad conducida a la obediencia, Freud demuestra que si la educación es posible ello se debe a que en el propio individuo, en el interior de su aparato psíquico, existen tendencias que exigen su educabilidad. En otros términos, si en el curso del desarrollo individual el principio de la realidad puede encauzar los impulsos espontáneos que obedecen originalmente al principio del placer, ello es debido no sólo a la posibilidad de interiorizar la prohibición, sino sobre todo a que disponemos de fuerzas, tan primitivas como las del "ello", que contrarrestan la influencia de esas otras fuerzas, impulsos de autoconservación como la imagen narcisista de sí mismo. Por este medio la energía interna de la libido, traducida en amor propio, se presenta como el fundamento mismo de la obligación moral, esto es de la educación. Sobre este narcisismo opera el temor a perder el amor, primer móvil real de la educación, más fuerte sin duda que la violencia directa. Y es también porque la parte consciente del yo interviene en el montaje de todos estos mecanismos, por lo que la educación puede presentarse como la formación de las facultades intelectuales del individuo. El principio de la realidad tiene su origen en nosotros mismos, a la vez en los límites del principio del placer

y en la persona encargada de su conservación. Su exterioridad sólo es aparente. Esta interioridad que hace posible la educación se presenta conscientemente bajo forma de "ambición", de "deseo de ser mayor", "de parecer adulto", en el cual se combinan estrechamente el placer y la realidad<sup>29</sup>.

La fuerza de Freud consiste en evitar la trampa en la que han caído tantos autores que invocan su pensamiento: este dualismo simplista que pone de un lado al individuo espontáneo, natural, que sólo pide realizar impulsos sin objeto, y del otro a la sociedad, cultural, artificial, castradora, que prohíbe, en interés de algo cuyas finalidades perversas se ignoran, la expresión de la energía impulsiva. Freud demuestra que la moral y el intelecto se encuentran en germen en la estructura del aparato psíquico. La sociabilidad hace posible la socialización, y esta última sólo es real porque el individuo, en último término, encuentra en ella un interés: intercambia una libertad infinita, pero precaria, por una libertad regulada pero real, ya que está garantizada. Existe una educabilidad natural que hace posible la educación.

Encontramos aquí la inspiración biológica que sirvió de punto de partida. El hombre no puede mantenerse eternamente en la infancia, un día tiene que asomarse al exterior, a la vida hostil. El niño podría definirse como un ser de impulsos inmediatos, que vive protegido por adultos benévolos, lejos de la dureza de los demás, defendido del mundo natural exterior y de los conflictos interiores. La educación consiste únicamente en conducir al niño desde esta dependencia protectora precaria hacia la responsabilidad. Si bien, desde un punto de vista superficial, la educación tiene por finalidad controlar estas fuerzas de la naturaleza que pueden resultar peligrosas para la cultura, desde un punto de vista más profundo nos damos cuenta de que esta educación, al permitir que se discipline el principio del placer, permite al mismo tiempo la humanización del hombre. A diferencia del niño que vive en el placer protegido, a diferencia del animal dominado por el placer inmediato, el hombre se nos presenta como un ser de placer mediato y emancipado.

No cabe duda de que esta concepción freudiana de la educación es rica y precisa. Sin embargo, el examen debe llevarse a sus últimas consecuencias, porque de lo contrario esta concepción podría parecer insuficiente. Si nos quedáramos en esta fase de desarrollo, podríamos considerar a Freud como un simple teórico de la adaptación. En efecto educar consiste, en último término, en socializar, y el principio de la realidad en general conviene al conjunto de reglas admitidas por todas las sociedades, incluso las más tiránicas e injustas. Este principio no permite ninguna discriminación entre los modelos sociales. Educar consistiría así en inculcar las reglas morales y los conocimientos indispensables a una sociedad cualquiera, reglas y conocimientos que le permitan mantener, a lo largo de las generaciones, las exigencias que imponen sus estructuras. En este sentido, Freud perseguía los mismos objetivos que Skinner y podríamos considerarlo un partidario de la pedagogía del "ajuste".

## Los fines

Pensar así sería equivocarse gravemente con respecto a Freud, que no es un relativista ni un cínico. La "Realpädagogie" y el moralismo educativo le repugnaban por igual. Su teoría de la educación se basa en un ideal explícito a la vez humano e interhumano, capaz de servir de finalidad a la acción. Este ideal es el del progreso de la ciencia entendido como un progreso de la razón que toma conciencia de sí misma a través de la revelación sucesiva de sus ilusiones. La finalidad que Freud atribuye a la educación es la de una autonomía a un mismo tiempo intelectual y moral, que sólo el saber científico permite alcanzar.

Una interpretación sumaria del psicoanálisis nos hace olvidar demasiado a menudo que, en su condición de ciencia, presupone la primacía de la inteligencia sobre la vida instintiva. Lejos de procurar la glorificación de los mecanismos ocultos y las ilusiones del instinto, el psicoanálisis, en su condición de disciplina científica, afirma un predominio innegable del

intelecto. Por lo demás, la crítica religiosa, retomada en la obra *El porvenir de una ilusión*<sup>30</sup>, no se equivoca cuando presenta el psicoanálisis como una fuerza destructora de las ilusiones consoladoras de la religión.

En el pensamiento de Freud la educación no tiene otra finalidad que la misma demistificación, la misma desilusión que lleva a cabo el psicoanálisis: "La época en que se establecerá la primacía de la inteligencia está aún, sin duda, inmensamente lejos, pero tampoco cabe duda de que la distancia que nos separa de ella no es infinita. Y como es probable que la primacía de la inteligencia persiga los mismos fines que nos hace esperar vuestro Dios, a saber, la fraternidad humana y la disminución del sufrimiento, nos sentimos con derecho a afirmar que nuestro antagonismo sólo es temporal, y no es en modo alguno irreductible"<sup>31</sup>.

La razón y la experiencia darán, según Freud, la explicación de los consuelos ilusorios de la religión. Quizá perdamos con ello parte de estos consuelos. Por lo menos, sería "ilusorio creer que podamos encontrar en otra parte lo que la ciencia no puede darnos"<sup>32</sup>. Así pues, Freud entiende que la educación conduce a la razón a través de la ciencia y de la experiencia. En definitiva, Hamlet, con sus dudas y su inquietud, le parece un mejor modelo<sup>33</sup> pedagógico y humano que cualquier otro héroe místico, instalado en las certidumbres de la buena conciencia y las pobres ilusiones de la fe.

Podría objetarse a ello que la ciencia racional tampoco es más que una construcción ilusoria, una especie de paliativo que permite soportar los sufrimientos, las decepciones y las frustraciones que nos impone la existencia.

Quizás, responde Freud, la ciencia y la exigencia racional no sean más que objetos de satisfacciones sustitutivas que nos distraen del pensamiento de la muerte<sup>34</sup>. Pero aunque sólo nos proporcionen satisfacciones sustitutivas, el contenido del saber que proponen tiene el mérito de no ser ilusorio. Esta demistificación objetiva se mide por tres raseros: la potencia humana aumenta con el progreso de la ciencia; la imagen del universo que propone es más coherente y precisa<sup>35</sup>, y por último, los modelos que proporciona son universales, ya que su necesidad es reconocida<sup>36</sup>.

Teniendo en cuenta esta finalidad, ¿qué debe hacer concretamente la escuela?

Desde el punto de vista moral, prepararnos a renunciar a nuestros deseos infantiles, enseñarnos a intercambiar un placer infinito pero ilusorio por una garantía de disfrute, inducirnos a soportar ciertas frustraciones necesarias de la vida común. Debemos renunciar a las ilusiones sobre nosotros mismos, para adquirir una mayor lucidez. Desde el punto de vista del saber, es decir de la instrucción, la escuela tiene el cometido de realizar al hombre que hay en el niño, es decir, desarrollar el intelecto para hacernos pasar de la servidumbre a la libertad. Desde el punto de vista político, hay que conseguir una mayor "fraternidad entre los hombres, disminuyendo su sufrimiento"<sup>37</sup>.

Así pues, por su concepción intelectual y crítica Freud pertenece ciertamente a la tradición humanista. La educación psicoanalítica no consiste en liberar la potencia fantasmal de los impulsos, con respecto a las limitaciones sociales, sino en "enseñar al niño a dominar sus instintos"<sup>38</sup>. Lejos de un hedonismo ingenuo o de una armonía mística consigo mismo y con los demás, Freud asigna a la educación la tarea de administrar, en un equilibrio aceptable para todos, los sacrificios y los beneficios que la realidad impone a la inmediatez del placer. Y esto por y para la razón y la ciencia, es decir la obra de desilusión del intelecto. La educación puede asimilarse a una ascesis de la inteligencia que pone en duda sus creencias y trabaja sin cesar sobre ella misma para comprender el ámbito de lo real, del que forma parte, más allá de las ilusiones necesarias de la infancia.

## Notas

1. *Bernard Jolibert ( France)*. Profesor de ciencias de la educación y de historia del pensamiento educativo en la Universidad de La Reunión. Autor de: *L'enfance au XVIIe siècle* (1981); *Raison et éducation: l'idée de la raison dans l'histoire de la pensée éducative* (1987); *L'éducation contemporaine* (1989). Fundador de la colección "Filosofía de la educación" en las Éditions Klincksieck (París, Francia). Ha traducido y publicado la obra de San Agustín *De magistro*, así como la *Grand didactica*, de Comenio y *De pueris*, de Erasmo.
2. Freud, S. *Presentación autobiográfica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
3. Idem, pág. 121-122, *Post-scriptum de 1935*.
4. Robert, M. "Sigmund Freud", en *Encyclopaedia Universalis*, París, 1980, Vol. 7, pág. 384.
5. *Presentación autobiográfica*, op. cit., pág. 93.
6. *Idem*. Pág. 30
7. *Idem*. Pág. 54
8. *Idem*. Pág. 51
9. *Idem*. Pág. 55
10. *Idem*. Pág. 67
11. *Idem*. Pág. 124
12. *Idem*. Pág. 118
13. Freud, S. y Breuer, J. *Estudios sobre la histeria*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
14. Freud, S. *Neurosis y psicosis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
15. ———. *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
16. ———. *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
17. ———. *Essais de psychanalyse appliquée*, París, Gallimard, 1933, pág. 13.
18. ———. *El malestar en la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
19. *Idem*. Pág. 69
20. *Idem*. Pág. 20-21
21. Freud, S. *El porvenir de una ilusión*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
22. ———. *El malestar en la cultura*, op. cit. 65
23. *Idem*. Pág. 69-70
24. Freud, S. *El porvenir de una ilusión*, op. cit, pág. 8
25. *Idem*. Pág. 9
26. Freud, S. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
27. ———. *Introducción del narcisismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
28. ———. *El malestar en la cultura*, op. cit, pág. 72
29. ———. *El creador literario y el fantaseo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
30. *El porvenir de una ilusión*, op. cit. Freud se hace indirectamente una serie de preguntas, y las contesta.
31. *Idem*. Pág. 77
32. *Idem*. Pág. 80
33. "Duelo y melancolía", en *Trabajos sobre metapsicología*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
34. *El malestar en la cultura*, op. cit. Pág. 19
35. *El porvenir de una ilusión*, op. cit. Pág. 78
36. *El malestar en la cultura*, op. cit. Pág. 86
37. *El porvenir de una ilusión*, op. cit. Pág. 77
38. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, op. cit. Pág. 166